

VALENTIA



El hombre que salvó el Prado valenciano

Patrimonio artístico. Un libro rescata la figura de Fernández Balbuena, clave para proteger las obras que viajaron del museo madrileño a las Torres de Serranos en la Guerra Civil

JORGE ALACID



Sin personajes como Roberto Fernández Balbuena, artífice del salvamento del Patrimonio Artístico español durante la Guerra Civil...» Puntos suspensivos. Desde la localidad mexicana de Cuernavaca, donde reside, Elvira Fernández tecléa esa frase que deja en suspenso para que rellene el vacío su corresponsal, aquí en Valencia. Es una tarea sencilla. En efecto, sin personajes como Fernández Balbuena... aquel milagroso viaje que trajo hasta las Torres de Serranos y el Colegio del Patriarca algunas de las mejores piezas del Museo del Prado (como 'Las Meninas' de Velázquez, por citar un excelso ejemplo) se hubieran perdido por el camino o extraviado para siempre. O hubieran resultado dañadas, tal vez irreversiblemente. Hoy, un libro reciente publicado precisamente por su hija Elvira reivindica la figura, demasiado oculta, de Fernández Balbuena para que no se pierda en el olvido su modélica vida. La vida del hombre que salvó el Prado valenciano. No por casualidad esta suerte de biografía lleva el explícito título de 'El Prado en peligro'. (Editorial Turner).

Un poco de historia. El 16 de noviembre de 1936, la histórica

sede madrileña del Museo fue objeto de un bombardeo; en la Navidad de ese mismo año, las bombas cayeron sobre el céntrico convento de Las Descalzas, que también funcionaba como museo, lo que forzó la evacuación de las obras que custodiaba. Poco después pasaría lo mismo con las sede de otras instituciones, amenazadas por el conflicto bélico que ponía en peligro también las obras que preservaban. El Gobierno de la República tuvo que reaccionar: en agosto de ese año, ya había tomado medidas para salvaguardar este precioso patrimonio creando la primera Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico.

«Balbuena», rememora su hija, «de inmediato se alistó para trabajar en las comisiones de esta primera junta, pero con la mar-

Elvira Fernández, hija del protagonista de su obra, cree que los dirigentes de la República que salvaron aquel legado «son héroes»

cha del Gobierno a Valencia, el 15 de diciembre de 1936, fue nombrado presidente de la Junta Delegada de Incautación y Protección del Tesoro Artístico». Era el hombre clave para una misión trascendental: seleccionar las obras que debían ser resguardadas. Meses después fue designado subdirector del Museo del Prado, «en realidad, director en funciones, ya que Pablo Picasso, nombrado director general, decidió no moverse de París». Sobre sus hombros recayó la tarea de proteger las obras maestras del Prado «y de otras colecciones importantes», como anota su hija. Apenas estuvo en el cargo cuatro meses, pero fue un periodo decisivo: sentó la base para salvaguardar las obras maestras «no solo de este gran museo, sino del patrimonio artístico repartido en otros recintos culturales, en colecciones privadas y del Estado», como relata Elvira. «Todos los museos de la capital madrileña quedaron bajo sus órdenes», advierte. «Un trabajo que desempeñó con valentía y generosidad», prosigue mientras detalla el férreo compromiso con que ejecutó su labor: valga el dato de que mientras los miembros del gobierno de la II República «y la mayoría de los intelectuales» se fueron a refugiar a Valencia, Fer-

◀ **'Las Meninas' valencianas.** El icónico lienzo de Velázquez fue una de las piezas que se trasladaron a orillas del Turia: a las Torres del Serrano y el Colegio del Patriarca. LP

▼ **Fernández Balbuena.** El hombre que hizo de protector de ese valioso patrimonio falleció exiliado en México; murió sin ver de nuevo en el Prado las obras que salvaguardó. FAMILIA FERNÁNDEZ



nández Balbuena «decidió permanecer en Madrid los 33 meses que duraría la guerra». Un valiente, en efecto.

Instalado con sus colaboradores en la capital de España, sin moverse de allí en lo más crudo del conflicto bélico, con la ayuda de un centenar de voluntarios se encargó de recoger y catalogar un ingente patrimonio: 20.000 cuadros, 12.000 esculturas, y cerámicas, 2.000 muebles y cerca de un millón de libros y manuscritos, 24 archivos eclesiásticos y 22 archivos parroquiales y miles de tapices fueron resguardados. «Todo este patrimonio, que se encontraba a salvo en los sótanos y pisos bajos de los museos cuando empezaron los bombardeos sobre Madrid, se dispuso que fuera enviado a Va-

lencia, sobre todo las obras más importantes», rememora Elvira. «Sólo del Museo del Prado se lograron trasladar 600 obras maestras hacia Valencia», anota.

Fue una estancia efímera de aquella maravillosa colección entre los valencianos porque poco después, ante el avance de las tropas franquistas hacia el Mediterráneo, se ordenó su traslado a Cataluña, explica el libro. ¿Misión cumplida? Respuesta afirmativa. Con esa sensación de haber satisfecho su conciencia personal y su deber como responsable político, Balbuena fue destinado al extranjero para difundir la labor de la Junta de Madrid durante la Guerra Civil y viajó luego a París para organizar el traslado de los refugiados españoles al exilio, hasta

Temía por la seguridad de las obras y rechazaba el traslado a Valencia, pero quedó satisfecho: «Ahí está el Prado, más rico que nunca»

que llegó la hora de entonar su propio adiós: se embarcó rumbo a México junto a dieciséis miembros de la Junta de Cultura que habían contribuido como el protagonista del libro a salvar el patrimonio artístico con grave riesgo personal. «Merecen ser recordados como héroes», subraya Elvira, «porque su trabajo no fue sencillo ni fácil y estuvo sujeto a órdenes contradictorias».

Pero nada les arredró: en el libro se recalca cómo entre el 5 de noviembre de 1936 y el 8 de enero de 1937, se registraron 26 expediciones con obras del Prado a Valencia, en medio de graves contratiempos, con el país en llamas. «Gracias a la desinteresada labor de los republicanos españoles, que con miles de esfuerzos lograron transportar y resguardar las obras en Valencia, pudieron posteriormente ser trasladadas a Suiza y exhibidas triunfalmente en Ginebra», insiste Elvira. «Sin su ayuda, esto nunca habría sido posible», apunta, antes de detenerse en un hecho paradójico: en realidad, su padre «no siempre fue partidario del traslado de las obras». Le preocupaba garantizar la buena salud de todas las piezas y en concreto fue llamativa su negativa a que viajaran a orillas del Turia «cinco grandes cuadros de Goya, que presentaban excesiva fragilidad en sus telas y alteraciones en los colores». «Los delicados soportes de las pinturas hacían muy arriesgado su traslado, pero la Dirección General de Bellas Artes le había ordenado transportarlos a Valencia», señala.

Sus consideraciones fueron desatendidas y le dieron dos días para enviar los cuadros a Valencia; entre ellos, el célebre 'La familia de Carlos IV'. Hasta su provisional emplazamiento en las Torres de Serranos viajaría después en diversas ocasiones Balbuena, tan obsesionado con extremar el celo en la custodia de las obras como dispuesto a confesar que, frente a sus prevenciones iniciales, «Valencia se reveló como un lugar ideal para el resguardo de ese precioso patrimonio artístico», se lee en el libro. «Todas las veces que visitó Valencia se quedó satisfecho con esta elección», como prueba esta frase que rescata su hija: «Ahí está el Museo del Prado, más rico que nunca».

Lección final de historia: como reivindicaba Elvira Fernández en su libro, su padre murió en 1966, exiliado en México. «Nunca pudo regresar a España para volver a ver las obras maestras del Museo del Prado que había salvado de la destrucción». Un triste epílogo que añade más valor a su vida y su obra. «Ahora», escribe su hija, «a las generaciones futuras, nos corresponde recuperar su figura y la de todos aquellos que lucharon por preservar el patrimonio de España durante la Guerra Civil».

LA CHISPA
CARLOS PAJUELO

Mi reino por un perro



El asunto tiene acento de insólito, de grave o de risa según quien lo interprete. Sobre la mesa avanza el proyecto de construcción de un refugio para animales, en concreto para perros y gatos en Valencia que, además de costar 2,72 millones de euros, con IVA incluido, para la construcción, tendrá gasto de mantenimiento sin cuantificar.

Pese a que el Papa Francisco indicó que los animales después de morir van al cielo, consolando así a los fieles que han perdido a sus mascotas, yo no lo asumo.

Creo que no debemos caer en la tentación de la radicalidad en la aplicación de ciertas teorías, dando de lado otras necesidades evidentes que afectan a los humanos con alma: cánceres, hambre, adheridos a largas colas de espera para intentar resolver sus males y eso con suerte.

¿Es oportuno que la Sra. Tello Doña Gloria, delegada en el Ayuntamiento de Valencia del Bienestar animal y de Recursos Culturales se entregue a seguir el proyecto en el que se contemplan hasta infrarrojos para los animalitos del Señor? No. Antes «meter mano» de una vez a resolver la eterna subsanación del abandono de barrios del Marítimo u Orriols donde es posible ver niños sin escolarizar, con los mocos colgando y corriendo entre adultos que hacen del culto a la venta de droga, sin rubor alguno en plena luz del día.

¿Tienen alma que salvar esos niños? Estoy de acuerdo con el hecho de que determinados animales son una compañía preciosa para quienes están solos y son sus propietarios los que deben cuidar sus mascotas. La nueva Ley de Bienestar Animal avisa contra el maltrato, la crianza doméstica de mascotas y pende la multa de hasta 10.000 euros. Hay que avisar a granjeros y agricultores contra ese riesgo.

Ahora me estoy comiendo una pechuga empanada. ¿Habrá sido violada por el gallo de turno? ¿Qué hacemos con las chuletas que según el inexistente ministro Garzón pueden afectar a mi virilidad o qué sé yo?